

El ejemplo de Ajuriaguerra

Deia, 1978-08-29.

Como resulta difícil abarcar la obra de un hombre que ha vivido largo y muy intensamente, a veces caemos en la tentación de resumirla en una frase, y de Juan de Ajuriaguerra se ha dicho que estaba casado con Euzkadi.

Me recuerda otra referida a otro gran vasco: Nicolás Ormaechea.

Los dos lo dijeron en alguna ocasión en son de broma, y seguramente con toda seriedad. Detrás de Nicolás Ormaechea esta "Orixe", el primer poeta clásico de nuestras letras más modernas, y detrás de Juan de Ajuriaguerra estaba "Otsoa" (el lobo), la columna vertebral del Partido Nacionalista Vasco en la clandestinidad.

Y lo cierto es que los dos vivieron, y murieron, casados con su deber.

Pero *su deber*.

Me refiero a este sentido interior del hombre, de andar erguido por dentro, sin más coacción que la de su propia conciencia, y en la dirección de las circunstancias que toca vivir a su pueblo. Las inclinaciones personales de "Orixe" hubieran podido ir por la mística sola, si no le niegan su lengua, y Ajuriaguerra hubiera podido dirigir su exigente disciplina interior a la alta ingeniería si no declaran la guerra a muerte a su patria.

Las dos reacciones se producen en la misma dirección de la entrega total.

La entrega, por sí sola, no es mérito bastante.

Sólo los frutos nos vienen a distinguir entre la entrega a una causa de muerte que ha hecho retroceder al hombre más que estos 40 años del recuerdo reciente, de otra que llega en forma de un terco bloque de piedra que contribuye a levantar la morada civilizada y tolerante del hombre.

Su casa política.

Estos reconocimientos llegan generalmente tarde. Pero siempre a tiempo para hacernos pensar que esta casa común es la única habitable que tenemos los vascos.

Y que, como decía Gabriel Aresti, tenemos que defenderla juntos.

Quiero creer que las palabras interiores que se han dicho en la breve reflexión de cada uno de los miles que desfiliamos ante su cadáver, constituye el fruto interior de este reconocimiento.

Nadie podrá reunir nunca estas palabras; pero yo creo en las semillas.

Diría algo más que una simplificación, una simpleza, si dijese que el pueblo no se equivoca nunca.

Pero estas multitudes sin convocatoria para rendir su homenaje a la rectitud de una conducta de hombre, tienen una transparencia inconfundible. Esto no quiere decir, ni digo, que Juan de Ajuriaguerra ha avanzado en el camino común de recibir los golpes contra la libertad sin dar un codazo.

El que no ha dado un codazo, es, en el mejor de los casos, el que se ha sentado a la orilla del camino que están haciendo los demás para tomar nota de los tropezones, los

gestos y las palabras a veces airadas de los que lo están haciendo. Esto de andar con mal tiempo y por la vía estrecha y llena de obstáculos, muchos de muerte, es cosa de hombres rudos, y sus conductas totalizadoras están por encima de la mezquindad de los listeros de ocasión.

Algunos de estos anotadores hasta han hecho de estas notas de chisme, libros irresponsables.

Yo no voy a hacer en este momento el panegírico de Juan de Ajuriagerra, porque no lo necesita, pero sí hacerle aquí la justicia de decir que he sido testigo de su amor a la libertad, incluida la de su país, de su servicio espartano y sin respiro, sin pasar cuentas a nadie, y muy importante en nuestros días y entre nosotros, sin rencores.

A veces, y mediante esas rubosidades, que eran propias de su carácter luchador, de quien no se cree obligado a dar las gracias porque él no espera ninguna, de los que no dicen las palabras de ocasión que se consideran civilizadas, porque no le salen; todo esto que es muy vasco, y no digo que sea virtud, sino que es acaso nuestro defecto, tiene el contrapeso de no buscar el halago, de no plantarse de figurón en los retratos oficiales, sino rezagados y con esa su cabeza de rasgos fuertes y la sonrisa discreta, entre los fantoches que no han arriesgado un dedo en este juego de la libertad de todos, cuando se enciende el flash de Madrid para los artistas que han traído la predemocracia al Estado español.

Algunos de ellos con el mismo pelo con que mandaban con el dictador.

Una de las cosas que no se me olvidará nunca de este inteligente y honesto luchador de nuestro pueblo es esta imagen de su sonrisa apenas asomada entre tanto pecho hinchado de estar dando el calderón.

Pienso que podría pasar por ser el retrato histórico de nuestro pueblo.